

Toda autobiografía entendida como “biografía de una persona hecha por ella misma”, plantea una serie de exigencias que dan cuenta de un carácter y estructura propios: identidad del narrador y del héroe de la narración; predominio de la narración antes que de la descripción; extensión temporal suficiente para cubrir el transcurso de una vida; determinación de las características del momento en que se escribe (un presente desde el cual se mira hacia atrás) volver a sí mismo en el momento en que se escribe, lo cual implica instalarse en ese pasado y narrar desde allí.

El estilo en la autobiografía es esencialmente individual, caracterizado por un “valor autorreferencial” implícito de un modo singular de elocución. Este valor autorreferencial del estilo remite al yo actual, al momento de la escritura y se conecta con un concepto más genérico de estilo, ligado al acto de escribir que resulta del margen de libertad ofrecido por la lengua y la convención literaria de la cual hará empleo un escritor.

Si el estilo autobiográfico remite al yo actual en el momento de la escritura, el yo presente que se enuncia puede aparecer como un obstáculo para su aprehensión fiel y para la reproducción exacta de los hechos revelados. Puesto que siempre el pasado se evoca desde un presente, la conciencia actual no puede evitar imponer su forma, a modo de una reinterpretación que hace el yo que recuerda. Por lo mismo el estilo autobiográfico debe dar cuenta, o ser índice de la relación entre el escritor y su propio pasado.

Tal relación sólo podrá darse fielmente en el verdadero relato autobiográfico, puesto que la narración en primera persona puede ser únicamente un recurso elegido por un autor para crear un universo imaginario, antes que para mostrar el suyo. En este caso “el yo del relato no es asumido existencialmente por nadie”, es un yo sin referencia que remite a una imagen inventada. Por el contrario en la auténtica narración autobiográfica el yo del texto es indiscernible del yo autobiográfico.

La peculiaridad del texto autobiográfico reside en que debe ser considerado como digresión personal que singulariza y se aproxima a la psicología de los escritores, de modo tal que “la escritura del yo liberaría una imagen auténtica de quien toma la pluma”, y ofrecerá la fidelidad a una realidad presente puesto que “la expresión proviene de la experiencia sin discontinuidad alguna”.

Starobinski hace notar que las autobiografías recientes constituyen una entidad mixta en donde coexisten la enunciación histórica y el discurso y la narración oscila entre el relato en tercera persona y el monólogo.

En las memorias, la narración en tercera persona no se distingue de la enunciación histórica sino por su forma; exteriormente se llega a saber que narrador y héroe son la misma persona. La causa de ello radicaría en que interesa retratar grandes sucesos en los cuales el narrador fue actor y por ello asume el papel impersonal de un historiador que destaca hasta las menores acciones en que estuvo involucrado, aunque haya renunciado a contarlas en su propio nombre.

A la inversa en el monólogo puro, el énfasis se pone en el yo y no en el suceso; la afirmación exclusiva del yo supera esta vez los intereses de la tercera persona, pues el suceso impersonal se subordina al yo y se torna personal.

La autobiografía exige condiciones ideológicas o culturales como medios que legitiman al yo. Algunas de ellas son según Starobinski, la importancia de la experiencia personal, y la oportunidad de ofrecer una relación sincera al otro, lo cual da derecho y autoridad al yo para tomar como tema su propio pasado, con lo cual se transforma en sujeto permanente por referencia a un tú, quien ha motivado u originado el discurso.

En las Confesiones de San Agustín, Dios es el tú, el destinatario directo del discurso, a quien interpela el narrador. Tal destinatario confiere veracidad al discurso autobiográfico, puesto que al Creador no se le puede mentir —dada su omnisciencia— e incluso no tendría objeto hablarle de los errores del pasado, puesto que los sabe, pero Dios recibe complacido la confesión porque su gracia ha intervenido en ese hombre.

En consecuencia, todo discurso autobiográfico para alcanzar el rango de veracidad ante un destinatario, deberá dar cuenta de una transformación radical de la existencia pasada “tal como lo sería una conversión, o el ingreso a una nueva vida por intervención divina”.

Puesto que el yo evocado por medio de la autobiografía es distinto al yo actual y se afirma con todas sus prerrogativas, no contará sólo la identidad del yo de antes, o sólo lo que ocurrió entonces, sino sobre todo cómo del otro que era antes ha llegado a ser lo que es hoy. Tal requerimiento otorga justificación a la discursividad autobiográfica por su contenido antes que por su destinatario.

La autobiografía así motivada, conduce a descubrir el origen de la situación actual y entrega los antecedentes sobre el momento a partir del cual se realiza el discurso presente, y consecuentemente, a la digresión sobre la identidad se suma la digresión temporal.

Los enunciados del discurso autobiográfico y el tono propio que adquieren, otorgan la distancia y la actitud del narrador con relación a sus faltas, cuyos indicios son entre otros figuras de expresión por oposición tales como la preterición y la ironía. De este modo cuando Dios ya no puede garantizar la autenticidad de la enunciación autobiográfica, ella se logra recurriendo a la veracidad de la conciencia, al patetismo de su fiel expresión y a la espontaneidad de la escritura, que surge entonces como espontaneidad del sentimiento actual.

Tal correspondencia permite que el estilo autobiográfico no sea mero proceso lógico, sino que procura remitir a la verdad interior del autor. Starobinski concluye distinguiendo dos modalidades del estilo autobiográfico:

- a) El tono elegíaco. Rousseau en sus Confesiones valora el pasado tiempo de la juventud como un paraíso perdido, anhelado como nostálgico refugio para la vejez presente, que es el tiempo de la reflexión, pero a su vez el tiempo de la tristeza y de la agonía.
- b) El relato picaresco. Para Lázaro de Tormes, la pasada juventud es el tiempo de la debilidad, de la escasa inteligencia y la ignorancia; y el presente, el tiempo del rango social alcanzado. En el acto de la escritura Lázaro adopta una actitud irónica ante ese pasado y al narratorio le confidencia las malas rachas vividas ayer y hoy superadas.

Estas dos manifestaciones del relato autobiográfico implican en definitiva un tono serio en el discurso del filósofo, y el humor y la burla que exhibe el relato picaresco, pues en éste el héroe no es más santo que cualquier mortal, y por lo tanto sus intenciones no son trascendentales, ni menos toma a Dios como uno de sus posibles narrarios, sino a un genérico y externo usted (vuesa merced).

Traducido por:

Prof. Eduardo Barraza

Inst. Profesional de Osorno

FUENTE: Poétique, 3, Revue de théorie et d'analyse
littéraires. Editions du Seuil (París), 1970,
pp. 257-265.

BENVENISTE, Emile.

Problemas de lingüística general, México, Siglo XXI editores, 1979, 2ª ed. Véase principalmente los capítulos: "El lenguaje y la experiencia humana", pp. 70 - 81. "El aparato formal de la enunciación", pp. 82 - 91.

GENETTE, Gerard.

"La voz", en: *Figures III*, (París) Editions du Seuil, 1972.